

quién es; pero cumple fielmente su palabra; y D. Fernando, al ver tanta generosidad, le dice:

La tierra que estais pisando  
será el altar de mi boca.

Y D. Fadrique responde:

Caballero, levantáos;

no me deis gracias por esto,

supuesto que no lo hago,

yo por vos, sino por mí,

que la palabra os he dado.

Cuando la di, os obligué;

cumplirla no es obligaros,

que es pagar mi obligacion,

y nadie obliga pagando.

De esto procedió el decirlo,

no os disculpeis por mostraros

que sin que escuseis la ofensa

ni disculpeis el agravio,

basta, para que yo cumpla

mi palabra, haberla dado.

D. Fadrique, despues de levantar á D. Fernando, se vate con él y le vence; y como este prefiere la muerte á revelar el secreto de su dama, dice el primero:

Levantad, ejemplo raro

de fortaleza y valor,

alto blason del honor,

de nobleza espejo claro.

Vivid: no permita el cielo

que quien tal valor alcanza,

por una ciega venganza

deje de dar luz al suelo.

Para con vos quedo bien

con esto, pues si sabeis

que sé que muerto me habeis

mi hermano, sabeis tambien

que cuerpo á cuerpo os vencí;

y si ya pude mataros,

haga menos perdonaros,

pues tambien me venzo á mí.

Para con el mundo nada

satisfago, si aquí os diera

muerte, pues nadie supiera

que la autora fué mi espada,

por el secreto que ofrece

esta muda obscuridad;

y en tanto que la verdad

de mi ofensor se obscurece,

no tengo yo obligacion

de daros muerte, si bien

la tengo de inquirir quien

hizo ofensa á mi opinion.

Guardaos, si viene á saberse

que fuiste vos mi ofensor,

porque en tal caso mi honor

habrá de satisfacerse;

mientras no, para conmigo

no solo estais perdonado,

pero os quedaré obligado

si me quereis por amigo.

D. Fernando. De eterna y firme amistad

la palabra y mano os doy.

D. Fadrique. D. Fernando de Godoy,

idos con Dios, y pensad

que puesto que ya la muerte

de mi hermano sucedió,

que mas que á mí quise yo,

os estimo de tal suerte,

que truco alegre y ufano,

á mi suerte agradecido,

el hermano que he perdido

por el amigo que gano.

En "La verdad sospechosa," D. Beltran, padre de D. Garcia, le saca al campo para reprenderle el vicio que tiene de mentir en todas las ocasiones.

D. Beltran. ¿Sois caballero, Garcia?

D. Garcia. Téngome por hijo vuestro.

D. Beltran. ¿Y basta ser hijo mio,

para ser vos caballero?

D. Garcia. Yo pienso, señor, que sí.

D. Beltran. ¿Qué engañado pensamiento?

Solo consiste en obrar

como caballero, el serlo.

¿Quién dió principio á las cosas

nobles? Los ilustres hechos

de sus primeros autores:

Sin mirar sus nacimientos,

hazañas de hombres humildes

honraron sus herederos.

Luego en obrar bien ó mal

está el ser malo ó ser bueno.

¿Es así?

D. Garcia. Que las hazañas

den nobleza, no lo niego;

mas no neguéis que sin ellas

tambien la dá el nacimiento.

D. Beltran. Pues si honor puede ganar

quien nació sin él, ¿no es cierto

que por el contrario puede,

quien con él nació, perdello?

D. Garcia. Es verdad.

D. Beltran. Luego si vos

obrais afrentosos hechos,

aunque seais hijo mio,

dejais de ser caballero;

luego si vuestras costumbres

os infaman en el pueblo,

no importan paternas armas,

no sirven altos abuclos.

¿Qué cosa es que la fama

diga á mis oídos mismos,

que á Salamanca admiraron

vuestras mentiras y euredos?

¿Qué caballero y qué nada!

Si afrenta al noble y plebeyo

solo el decirle que miente!

decid, ¿qué será el hacerlo,

si vivo sin honra yo,

segun los humanos fueros,

mientras de aquel que me dijo

que mentía no me vengo?

¿Tan larga teneis la espada,

tan duro teneis el pecho,

que penseis poder vengaros,

diciéndolo todo el pueblo?

¿Posible es que tenga un hombre

tan humildes pensamientos,

que viva sujeto al vicio

mas sin gusto y sin provecho?

El deleite natural

tiene á los lacivos presos;

obliga á los codiciosos

el poder que da al dinero;

el gusto de los manjares

al gloton; el pasatiempo

y el cebo de la ganancia

á los que cursan el juego;

su venganza al homicida,

al robador su remedio,

la fama y la presuncion

al que es por la espada inquieto;

todos los vicios, al fin,

ó dan gusto ó dan provecho;

mas de mentir, ¿qué se saca

sino infamia y menosprecio?

En pocos poetas nuestros antiguos se hallarán relaciones como esta y otras muchas que tiene Alarcon, que son verdaderos trozos de moral, aun-

que no falta nunca en ellas la expresión poética, si bien con la sencillez y claridad que distingue su estilo. Tal es en general el carácter de este poeta, que adivinó la comedia de Molière, ó por mejor decir la creó, aunque sujetándose siempre á las formas que eran ya condicion precisa de nuestro teatro. Y decimos que la creó, porque en efecto así fué. Esta comedia, imitada y en gran parte traducida por Corneille, fué el primer paso que dió la Francia en el género que aquel celebre escritor llevó luego á su perfeccion. Hasta entonces solo habia presentado la escena francesa dramas de enredo mal copiados de nuestros autores. El *Menteur* les enseñó á componer verdaderas comedias morales, y les señaló el sendero que mejor convenia á su genio dramático. Así lo confesó el mismo Molière en una carta á Boileau, diciendo "que cuando el *Menteur* se representó andaba dudoso acerca del género en que escribiría; que sin aquella comedia hubiese tal vez compuesto algunas de enredo, pero que ella le señaló el verdadero camino, que le condujo hasta componer el *Misántropo*. De suerte que Francia, por el intermedio de su gran poeta Corneille, recibió de nosotros los dos géneros que han ilustrado su teatro, la tragedia y la comedia.

No se limitaba, sin embargo, Alarcon á presentar pensamientos elevados y morales, revestidos de puro lenguaje; poseia tambien la *vis cómica*, si no tan maligna y punzante como Tirzo, más delicada y urbana; debiendo sus gracias mas bien al pensamiento y á la situacion que á las palabras. Véase, si no, cómo á la misma comedia que acabamos de citar pinta don Garcia á su criado Tristán un supuesto desafío, haciéndosele creer, á pesar de ser el confidente de sus mentiras.

D. GARCIA. Yo te lo quiero contar,

Que pues sé por experiencia

Tu secreto y tu prudencia,

Bien te lo puedo fiar.

A las siete de la tarde

Me escribió que me aguardaba

En San Blas don Juan de Sosa

Para un caso de importancia.

Callé, por ser desafío;

Que quiere el que no lo calla

Que le estorben ó le ayuden;

Cobardes acciones ambas.

Llegué al aplazado sitio,

Donde don Juan me aguardaba!

Con su espada y con sus esplos,  
Que son armas de ventaja;  
Su sentimiento propuso,  
Satisface á su demanda;  
Y por quedar bien, al fin  
Desnudamos las espadas.  
Elegí mi medio al punto,  
Y haciéndole una ganancia  
Por los grados del perñil,  
Le dí una fuerte estocada.  
Sagrado fué de su vida  
Un *Agnus Dei* que llevaba;  
Que topando en él la punta  
Hizo dos partes mi espada.  
El sacó piés del gran golpe;  
Pero con ardiente rabia  
Vino tirando una punta;  
Mas yo por la parte fiaca  
Cogí su espada, formando  
Un atajo. El presto saca  
(Como la respiracion  
Tan corta línea le tapa,  
Por faltarle los dos tercios  
A mi poco fiel espada).  
La suya corriendo filoz;  
Y como cerca me halla  
(Porque yo busqué el estrecho,  
Por la falta de mis armas),  
A la cabeza furioso  
Me tiró una cuchillada.  
Recibíla en el principio  
De su formacion y baja,  
Matándole el movimiento  
Sobre la suya mi espada.  
¡Aquí fué troya! Saqué  
Un reves con tal pujanza,  
Que la falta de mi acero  
Hizo allí muy poca falta;  
Que abriéndole en la cabeza  
Un palmo de cuchillada,  
Vino sin sentido al suelo,  
Y aun sospecho que sin alma;  
Dejéle así, y con secreto  
Me vine. Esto es lo que pasa,  
Y de no verle estos dias,  
Tristan, es esto la causa.

Tristan. ¿Qué suceso tan extraño!  
¿Y si murió?

D. García. Cosa es clara,  
Porque hasta los mismos sesos

Esparcí por la campaña,  
Tristan. ¡Pobre don Juan!—Mas ¿no es este  
Que viene aquí?

D. García. Cosa estraña!  
Tristan. ¿También á mí me la pegas?  
¡Al secretario del alma!

En el *Exámen de maridos* hay una escena en  
que doña Inés se va informando de todos sus pre-  
tendientes, y que está llena de gracia y filosofía.

Doña Inés. ¿Teneis Beltran, prevenidos  
Los memoriales?

Beltran. Dispuestos  
Están, como has ordenado.

Doña Inés. Pues llegad, llegad asientos:  
Sentaos, Beltran. El exámen  
En nombre de Dios empiezo.

Beltran. Este billete, señora,  
Es de don Juan de Vivero.

Doña Inés. Breve escribe. Dice así:  
"Si os mueven penas, yo muero."  
—Esto de *muero* es vulgar;  
Mas por lo breve es discreto.

Beltran. Hecha tengo la consulta.

Doña Inés. Decid.

Beltran. D. Juan de Vivero,  
Mozo, galan, gentilhombre,  
Y en sus acciones compuesto;  
Seis mil ducados de renta,  
Galiciano caballero,  
Es modesto de costumbres;  
Aunque dicen que fué un tiempo  
A jugar tan inclinado,  
Que perdió hasta los arreas  
De su casa y su persona,  
Pero ya vive muy quieto."

Doña Inés. El que jugó jugará;  
Que la inclinacion al juego  
Se aplaca, mas no se apaga.—  
Borradle.

Beltran. Ya te obedezco.

Doña Inés. Proseguid.

Beltran. Este es don Juan  
De Guzman, noble mancebo.

Doña Inés. ¿No es este el que ayer traia  
Una banda verde al cuello?

Beltran. Ese mismo.

Doña Inés. Pues yo dudo  
Que escape de loco ó necio;  
Que preciarle de dichoso  
Nunca ha sido accion de cuerdo.

(Lee). "En tanto que el máximo planeta en  
giro veloz ilustre el orbe, y sus piramidales rayos  
iluminen mis vitreos ojos....."

¡Oh qué fino mentecato!

Beltran. ¡Y qué puro majadero!

Doña Inés. A una mujer circunlequios  
Y no usados epitetos!

Beltran. ¿Quiéres oír su consulta?

Doña Inés. No Beltran; borradle presto,  
Y al márgen poned así:  
"Este se borra por necio:  
No se consulte otra vez,  
Porque es falta sin remedio."

Beltran. Ya está puesto. El que sigue  
es don Gomez de Toledo,  
que la cruz de Calatrava  
ostenta en el noble pecho;  
hombre que anda á lo ministro,  
capa larga y corto cuello,  
levantado por detras  
el cuello del ferrerucllo;  
el paso compuesto y corto,  
siempre el sombrero derecho,  
y un papel en la pretina;  
maduro en años y en seso.

Doña Inés. Apruebo el seso maduro;  
maduros años no apruebo  
para un marido, Beltran.

Beltran. Es maduro, mas no es viejo.

Doña Inés. Va la consulta.

Beltran. Es Hurtado  
de Mendoza.

Doña Inés. ¿De los buenos?

Beltran. Dé los Buenos.

Doña Inés. Será vano.

Beltran. Es pobre.

Doña Inés. Serálo ménos.

Beltran. Tiene esperanza de ser  
de una gran casa heredero.

Doña Inés. No conteis por caudal proprio  
el que está en poder ajeno;  
y más donde el morir ántes  
ó despues es tan incierto.

Beltran. Pretende oficios.

Doña Inés. ¿Pretendé?  
¡Triste dél! ¿Teneis por bueno  
para mi marido á quien  
ha de andar siempre pidiendo?

Beltran. Un vincinato pretende.

Doña Inés. ¡Vincinato cuando méfios!  
mirad si digo que es vano.

Beltran. Tiene para merecerlo  
innumerables servicios.

Doña Inés. A maravedis los trueco;  
que méritos no premiados  
son litigiosos derechos.

Beltran. Soló entre sus buenas prendas  
se le conoce un defecto.

Doña Inés. ¿Cual?

Beltran. Es colérico, adusto.

Doña Inés. Peligroso compañero!

Beltran. Mas dicen que aquella furia  
se le pasa en un momento,  
y queda apasible y manso.

Doña Inés. Si con el ardor primero  
me arroja por un balcón,  
decidme, ¿de qué provecho,  
después de haber hecho el daño,  
será el arrepentimiento?

Beltran. ¿Borrárelo?

Doña Inés. Sí, Beltran;  
que elegir esposo quiero  
á quien tenga siempre amor,  
no á quien tenga siempre miedo.

Beltran. Ya está borrado. Consulta  
de D. Alonso.

Doña Inés. Ya éntiendo.

Beltran. Éste tiene nota al márgen  
que dice: "merced le han hecho  
de un hábito, y no ha salido  
consúlteseme en saliendo."

Doña Inés. ¿Ha salido?

Beltran. No; Señora.

Doña Inés. Harta lástima lo tengo.  
Beltran, el que hábito pide,  
mas pretende, según pienso,  
dar muestra de que es bienquisto;  
que no de que es caballero.—  
Adelañte.

Beltran. D. Guillen  
de Aragón se sigue luego,  
de buen talle y gentil brío;  
sobre un condado trae pleito.

Doña Inés. ¿Pleito tiene el desdichado?

Beltran. Y dicen que con derecho;  
que sus letrados lo afirman.

Doña Inés. Ellos ¿cuándo dicen ménos?

Beltran. Gran poeta.

Doña Inés. Buena prenda.

cuando no se toma el serlo,  
por oficio.

Beltran. Canta bien.

Doña Inés. Buena gracia en un soltero,  
si canta sin ser rogado,  
pero sin rogar con ello.

Beltran. En latin y en griego es docto.

Doña Inés. Apruebo el latin y el griego;  
aunque el griego, mas que sabios,  
engendrar suele soberbios.

Beltran. ¿Qué mandas?

Doña Inés. Que se consulte,  
si saliere con el pleito.

Beltran. El que se sigue es don Marcos  
de Herrera.

Doña Inés. Borrado luego;  
que don Marcos y don Pablo,  
don Pascual y D. Tadeo,  
don Simon, don Gil, don Lucas,  
que solo oírlos da miedo,  
¿cómo serán si los nombres  
se parecen á sus dueños?

Beltran. Ya está borracho. Consulta  
del conde don Juan.

Doña Inés. Ya entiendo.

Beltran. Es andaluz; y su estado  
es muy rico y sin empeño,  
y crece más cada día;  
que trata y contrata.

Doña Inés. Eso  
en un caballero es falta;  
que ha de ser el caballero  
ni pródigo de perdido,  
ni de guardoso, avariente.

Beltran. Dicen que es dado á mujeres.

Doña Inés. Condicion que muda el tiempo:  
casará, y amansará  
al yugo del casamiento.

Beltran. No es puntual.

Doña Inés. Es señor.

Beltran. Mal pagador.

Doña Inés. Caballero.

Beltran. Avalentado.

Doña Inés. Andaluz.

Beltran. Es viudo.

Doña Inés. Borrado presto;  
que quien dos veces se casa,  
ó sabe enviudar ó es necio.

Beltran. El Conde Carlos se sigue.  
Este tiene gran derecho;

que es noble, rico y galán,  
y de muchas gracias lleno.

Doña Inés. Sí; mas tiene una gran falta.

Beltran. ¿Y cuál es?

Doña Inés. Que no le quiero.

Beltran. ¿Borrarelo?

Doña Inés. No, Beltran,  
ni le borro ni le apruebo.

Beltran. Solo el marqués D. Fadrique  
resta ya: sus partes leo.

Doña Inés. Decidme: ¿qué informacion  
hallásteis de los defectos  
que aquella mujer me dijo?

Beltran. Que son todos verdaderos.

Doña Inés. ¿Que son ciertos?

Beltran. Ciertos son:

Doña Inés. Pues borralde... Mas tenéos,  
no le borreís; que es vano,  
entre tanto que no puedo,  
como su nombre en el libro,  
borrar su amor en mi pecho.

Beltran. Con las tablas de la ley  
diste, señora, en el suelo.  
No hallarás perfeto esposo,  
que caballo sin defecto,  
quien lo busca, desconfie  
de andar jamas caballero.

En todos los trozos que hemos copiado, y en todas las obras de este autor, hallamos generalmente la naturalidad, que iba faltando á nuestros poetas, y muy leves resabios del culteranismo que él mismo critica en la anterior escena. Por lo tanto, admira mas el encontrar en una comedia que pasa por suya, "El tejedor de Segovia," primera parte, las siguientes octavas, describiendo una batallita, en la que se quiere dejar atras al mismo Góngora:

Admito el desafio, y salgo luego  
á la palestra, en que aguardando estuve  
en un rayo andaluz, monstruo de fuego,  
que una vez es atilla y otra nube:  
Hipogrifo le juzga el campo ciego,  
y el sol cometa que á eclipsarse sube;  
que unas veces ligero y otras grave,  
goza en los vientos privilegios de ave.

Era trigre en la piel, como retrata  
entre flores abril curioso toro,  
en quien siembra, con círculos de plata,  
pórfido á líneas salpicadas de oro;  
la cola, que eulebras se desata,

pompa del sol, y de su luz decoro,  
golfo de tornasoles parecia,  
y la crin, lisonjera argenteria.

Era un monte su pecho, y su cabeza  
tan recojida y breve, que á un diamante  
la quiso reducir naturaleza,  
siendo en todo á una perla semejante.  
Tropezando en su misma ligereza,  
burla el viento soberbio y arrogante,  
tanto, que el viento, allí, por imitallo,  
quisiera no ser viento y ser caballo.

A esta ocasion el moro al puesto llega,  
danzando al son del militar ruido,  
con los compases de una alfana griega,  
alabastro con alma y con sentido:  
cisne parece que en el sol navega.  
Por nubes que ha burlado y desmentido;  
que entre ellas quiere el bruto que presume  
que hay estrellas tambien que visten pluma.

Era un jazmin la yegua, y poderosa  
de cola y crin, de cuello angosto y breve,  
ancha de pecho, de ancas portentosa,  
dando en ellas al sol montes de nieve;  
llamas sus ojos son, su testa hermosa,  
que entre ondas de marfil estrellas bebe,  
lágrimas del Ceilan, pues al moverla,  
le dió la vista admiracion de perla.

Compárese tambien esta descripcion con la que al mismo objeto hay en "Todo es ventura," y escrita igualmente en octavas reales, y se verá la enorme diferencia de trozo á trozo, de estilo á estilo. Aunque alguno habrá tal vez que tenga estas octavas por rica y brillante poesia, nosotros las creemos indignas de Alarcon: bien es verdad que esta primera parte del "Tejedor de Segovia," comparada en su estilo con la segunda y con las

demas comedias del autor, nos parece ser, y así lo creemos, de muy distinto poeta.

Hemos dicho que algunos habrá que tengan el trozo anterior por un dechado hermoso de alta poesia; y con efecto, comun es entre nosotros dejarse llevar de la pompa de las palabras, la sonoridad de los versos y lo estraño ó ingenioso de ciertas metáforas exageradas y ridiculas, muchas veces ininteligibles, pero que hasta se aplauden mas por su oscuridad misma, sobre todo en el teatro, cuando caen estas relaciones altisonantes en poder de un actor de voz hermosa y campanuda que las declama con énfasis. Si el gongorismo se acreditó á tal punto en nuestra poesia lirica, no podia ménos de inficionar el teatro; y ya en la época que recorremos solian resentirse del contagio hasta nuestros mejores ingenios, sin embargo de que mas de una vez ridiculizaron á los cultos. Si fueran las octavas que acabamos de citar realmente de Alarcon, presentarian una triste prueba de cuán fácil es que el mal gusto pervierta á los mas claros entendimientos, puesto que el de Alarcon era el menos á propósito para dejarse arrastrar á esta clase de manía. ¿Qué sucederia, pues, á hombres de imaginacion más arrebatada, más rica y poética? El peligro era grande, y nuestra escena se hallaba á punto de ser enteramente avasallada por el culteranismo. Afortunadamente, aunque rindió varias al mal gusto, las eminentes dotes de algunos grandes poetas fueron mas poderosas, y solo permitieron manchar con algunos defectos obras por otro lado inmortales. El culteranismo deslució nuestro teatro, pero no pudo aniquilarlo: tal era la robustez que habia adquirido desde que Lope de Vega le dió el grande impulso.